

Mariano Latorre: reportaje póstumo

A Mariano Latorre no le mataron los años. Le mató su juventud. No supo morir viejo. Murió joven. No consultó nunca un médico en serio. Mucho más atención les confería a su peluquero, a su sombrero, a su corbatero y a su sastre. Para él, el mejor médico era un buen abrigo hecho por Pinaud a quien le fué fiel hasta que cerró sus puertas y últimamente a don Federico Muñoz, su sastre predilecto. A los médicos los consultaba en las esquinas o a hurtadillas en un pasillo; en los bares donde siempre acudía en busca de un buen arroz a la valenciana, un bacalao a la vizcaína y un mosto sabroso, ojalá un pipeño que bebía a sorbos porque tenía la continencia del trabajador consciente de su responsabilidad y tarea.

Hasta muy poco antes de su muerte siguió siendo cortejador y galán en las esquinas donde brillaban, al paso de las hermosas, sus chispeantes y seguros ojuelos verde grises, tactándose su bigote recortado en el último tiempo ya jaspeado por el encanecimiento, que nunca llegó a nevar sobre sus cabellos. En el ataúd, al filo de cumplir los 70 años —había nacido el 4 de enero de 1886— con un rostro que la muerte le arrugó y desfiguró de súbito en veinte años más, seguía teniendo el mismo pelo rubio y fino, apenas mermado por una calvicie incipiente: el mismo que ostentó a los 30 años.

Tampoco nunca se le vió en sus últimos días, alterarse el metabolismo de su energía. Fué siempre magro, ágil, con un andar alargado, ligeramente acompasado como un hombre de mar; pero cuidadoso en el vestir, inalterable en su elegancia, con un aire ligeramente británico. Nunca varió su peso. Era una de esas naturalezas exquisitamente controladas que no gastan sino la energía necesaria y no se sobregiran ha-

cia la gula o la continencia. Es decir, que tienen, como un motor bien equipado, una carburación perfecta.

Pero su rostro expresaba alguna angustia en los últimos meses.

Benjamín Subercaseaux que le apreciaba altamente, me dijo un día:

—Me sorprendieron los ojos de Latorre. Se ve en ellos cierta ansiedad. ¡Mal presagio!

Es que, al parecer, Latorre en sus últimos meses, pues, ya se veía que no iba cumpliendo años sino semestres, como él mismo lo anotaba, solía controlar su estado inquisitivamente en los ojos de los amigos, especialmente aquellos que solía ver en sus escasas salidas. Juan Uribe-Echevarría nos advertía confidencialmente:

—Mariano no está bien. Si no te apresuras a ir a verle...

La última vez que alterné con él fué en casa de ese gran señor que es don Aurelio Pinochet Alvis. Vestía un traje de fino corte inglés y se mantuvo la mayor parte del tiempo con el abrigo puesto, siempre temeroso de contraer una bronquitis que podía serle fatal, la misma de que había muerto su padre casi en plena juventud. Con su acostumbrada energía y gracia, a los postres, teorizó, habló de mil cosas, y *peló* maravillosamente como que era un figaro notable. Como siempre, dejó ver sus mismos odios que sólo le afectaban su pituitaria, sin amargarlo, y sus mismos entusiasmos que le enardecían infantilmente. Al levantarse de la mesa se me acercó.

—¿Cómo me encuentras? —me dijo mirándome escudriñosamente los ojos.

Yo había constatado ya un excesivo enflaquecimiento que me alarmó sin comentarlo.

—Hombre, estás igual —le contesté mintiendo—. El mismo de siempre.

—Así lo creo yo —replicó con convicción y seguridad— pero los médicos dicen que debo cuidarme. ¡Qué idiotas!...

Y habló en seguida de la longevidad de sus abuelos, mientras sorbía un poco de whisky y me citaba para un nuevo encuentro que no se cumplió jamás.

La noche del día 9 de noviembre, Latorre se sintió muy cansado. Uno de sus amigos dilectos, el mismo don Aurelio Pinochet, consiguió franquear la custodia de la puerta de su casa-habitación en la calle Buenos Aires 237 y estuvo con el novelista hasta las nueve de la noche. Después Latorre se acostó. Leyó largamente hasta las dos de la madrugada, como lo hacía de costumbre, tomó una dosis prudente de sedobrol y apagó la luz del velador. La doméstica que le atendía en sus últimos días, no vió en estos sencillos hechos que se repetía noche a noche, nada singular y se retiró a su habitación. En la mañana del día siguiente, al llevarle el desayuno, le halló muerto.

Las conjeturas que se hicieron, permitieron determinar que el escritor, por efectos del hipnótico, franqueó la barrera de la muerte cuando dormía plácidamente. En su rostro no se dibujaba angustia alguna. Sólo la palidez de la muerte.

Tengo un grave cargo de conciencia. Latorre no era un hombre que se prodigara mucho. Aun cuando su popularidad iba en aumento y todos reconocían su perfil y sus actitudes en las calles y en los sitios públicos donde siempre se le veía en acaloradas y pintorescas conversaciones agitando sus manos y el portafolio que nunca le abandonaba, había estrechado en sus últimos años el cerco de los íntimos. Siempre tuvo preferencia por sus alumnos y los noveles a quienes adoctrinaba en su enseñanza y estaba al tanto de todo, increíblemente informado de cuanto se publicaba porque leía con una voracidad admirable. Y provechosamente.

Gran charlador de sobremesa y degustador de viandas, Latorre buscaba en los cafés y en los restaurantes una tertulia literaria que encendía con el brillo de su ingenio a veces mordaz, pero condescendiente y ligero. Era campechano pero el estilete de su gracia tenía destellos llenos de sabor galo. Sus amigos, aparte de algunos literatos, profesores, pintores, periodistas, constituían una dilatada gama de

los más diversos oficios. Preferentemente algunos hombres de ciencia: filólogos, botánicos, arqueólogos, etnólogos, biólogos, con los cuales charlaba largas horas fumando frente a un vaso de aguardiente o de cognac entretenido en fertilizar teorías; pero escuchando atentamente cuando el tema le atraía —el follaje de un árbol, la vida de una especie animal, la vegetación de una zona, el mal o buen uso de un vocablo castizo o popular. Entonces esgrimía sus libretas y apuntaba meticulosamente con un pequeño y pintoresco lápiz que nunca faltaba en su bolsillo, los detalles interesantes escribiendo con una esparcida y ligera letra que adornaban unas elegantes mayúsculas de amplios brazos.

He dicho que el círculo de sus amistades se fué estrechando y aligerando. En su casa, encerrado y casi siempre acostado, ya no entraban sino algunos preferidos. Fué muy amigo de los pintores y las paredes de su gran biblioteca y las del amplio vestíbulo, estaban llenas de óleos y acuarelas. Algunos de sus cuadros eran los propios retratos del escritor, entre los cuales se destacaban uno compuesto por el pintor Bontá al cual le unió una larga amistad.

Debí hacerle una entrevista a propósito de la publicación casi simultánea de sus dos últimos libros: *Chile, país de rincones* y *La Isla de los pájaros*. Nunca cumplí con este propósito. Por eso quiero ahora despararramar algunas observaciones, en un diálogo íntimo y póstumo con el amigo y el escritor ya ausente.

Hay una aseveración de Latorre en su *Confesio* ante la Facultad de Filosofía, al incorporarse a sus cuadros honorarios el 16 de abril de 1953, que da margen a una profunda meditación. (Discurso de incorporación.) Dice Latorre: "En mi caso personal observo, ordenando mis recuerdos y por razones de raza y de familia, que mi visión de Chile seguía siendo la de un extranjero avecindado en Chile". Esta afirmación en aquella "autobiografía de una vocación" como tituló su discurso académico, se produce en el declinamiento del planteamiento juvenil de su problemática. Había nacido en Cobquecura, deliciosa villa marina del Departamento de Itata. De aquí su familia, algo errante por azares de la fortuna, había emigrado a Valparaíso, donde vivieron en un cerro del Puerto, en un callejón de vio-

lento declive como el lecho de un arroyo que se deslizara vertiente abajo. Su padre, español, nacido en Palencia, ocupaba un cargo modesto.

En Valparaíso el Chile que le rodeaba, nada le decía de su entraña, confiesa Latorre. "Sólo de su piel, áspera, primitiva, hostil".

Allí el autor comienza sus estudios de humanidades. Hijo de español con ascendencia francesa, por la madre, todos sus parientes, especialmente los Elourduy, nombre con que designa al personaje central de *Zurzulita*, forman su *entourage* familiar extranjero, típicamente español, cerrado, orgulloso y católico. Nada podía atraerle entonces al joven rubio, vasco, nacido en Cobquecura. Le molestaban los rostros aindiados de sus condiscípulos del liceo, sus voces estridentes. Sentía miedo ante ellos. Y él para ellos, era un gringo, "un extranjero igual al hijo del italiano recién llegado y al del pulcro joven inglés o norteamericano, que tenía un empleo en una casa importadora".

Lo único que verdaderamente le atrae entonces es una mujer del pueblo, "morena, de tronco ancho y de frente estrecha, pero de boca fuerte y reidora". Al finalizar su trabajo, nos hará también una confesión reveladora. "Al ver a una bella criolla, ancha de espaldas, recias caderas, recordaba las palabras de Ruskin: —Casi se me salen los ojos de la cara". Su bisabuelo, Juan Duprat, había traído al puerto de Valparaíso, a remolque desde Burdeos, a través de ambos océanos, los diques del puerto que Mariano consideraba como sus parientes.

Viene una trizadura económica de su familia poco después. El padre, don Mariano de la Torre Sandelis, por negocios, debe venirse a Santiago y le acompaña el escritor, mientras su madre, doña Fernandina Court Biezac, de origen bordelés, regresa al Maule con sus hermanos. En Santiago —dice Latorre— "vivía en una pequeña colonia vasca en la calle San Pablo frente al mercado".

—Estos vascos de la calle San Pablo —agrega— se reunían en la casa de mi tío, Emilio Labarga, capitán retirado de la Marina Mercante bilbaína, un vasco alto y rubio, de cerrada barba rojiza —que Mariano le imitó juvenilmente—, que cada mañana daba los "buenos días" a una mi-

niatura de velero, colgada de un listón del tragaluz, en la puerta del corredor de la casa... La mesa en los mediodías dominicales era ruidosa y pintoresca como el comedor de un barco que navega en mar tranquilo. Recordaban los vascos sus correrías por todos los mares o el encanto de sus cacerías en el verano. Y los cerros de arroz dorados por el azafrán o las jugosas tajadas de bacalao noruego, se convertían en palabras al desaparecer por sus bocas.

Su tía Rufina Elourduy era "temerosa y desconfiada". Al sobrino, todavía un infante, lo ocupaba para sus menesteres piosos. Con una bolsita llena de cóndores rubios, iban por las iglesias de Santiago, dejando diezmos y limosnas. Así el chico lavaba sus pecados, según doña Rufina.

Estos vascos comerciantes no tenían tampoco interés alguno por las cosas del país. Eran aquellos bizarros años en que el violento diario radical *La Ley* había sido excomulgado por el Arzobispo Casanova produciendo un truculento escándalo público. El niño ya comenzaba a observar. Estudiaba como un pintor los tipos populares en la calle. A comienzos del año 1897, a los once de su edad, entra al Instituto Nacional. Y allí es también otro extranjero, un profesor, el que, indirectamente, le inicia en el gusto literario, M. Gaussein. Los libros de Lenz y Díez acaban de aparecer como textos de lectura, esos libros deliciosos que a veces nos parecían en la infancia, plagados de anécdotas, como una revista de pasatiempos y que preferíamos leer a escondidas como se come una manzana robada.

Un reciente nombramiento de su padre para un cargo público en Parral, hace que la familia De la Torre, como entonces se llamaba, tenga que viajar nuevamente para asentarse en aquel lejano pueblo. El viaje se hizo en pleno invierno, en un tren ordinario que se detenía en todas las estaciones. Era el mes de junio. Llovía como se ve llover en la infancia, como nunca se había visto llover. Hacía frío. El niño estaba aterido, atomorizado, pero jubiloso de ver las cosas del camino. Era para él la primera revelación exacta y consciente del país con su impacto en los campos, los pueblos y aquellas "sus aguas locas".

—Algo sorprendente —confiesa Latorre— surgía de este convulsionado paisaje de lluvia y de hombres que la resistían y que,

sin saber por qué me hacían recordar los cuentos que contaba en una plaza de Valparaíso, la niñera mestiza... No era precisamente una emoción agradable. Tenía algo de morboso, pero, al mismo tiempo, de posibilidades de salud, de comprensión futura...

Era la revelación de la tierra por sí misma "la tierra en que iba a luchar y a vivir, a padecer y a morir". Su martirologio. Es entonces cuando él, europeo por vientre y lomo, que ha vivido hasta los diez años en medio de una rezongona colonia extranjera, según lo declara, comienza a sentirse un hombre de Chile, un hombre de América. El asombro se va transformando en agrado frente a los tipos enmarcados en lo primitivo y vulgar.

—Primitivo y vulgar —dice— pero de intensa originalidad para mí.

La única escuela pública de Parral le sirve para conocer otros tipos. Parral le sirve también para conocer el paisaje, los hombres del campo con sus vistosos arcos y sus costumbres del valle central. Le sirve también para conocer a Fernando Santiván que lo induce al trabajo literario.

Agrega Latorre al recordar esos hombres y esas costumbres:

—No tomando en cuenta el pintoresquismo de su vida ordinaria, esos patrones y esos inquilinos (que parecen sólo unidos por el deseo de enriquecerse a todo trance y gastar su dinero en diversiones y jergas) no podían ser el tema de una interpretación psicológica, sin falsificar la realidad; sin embargo existía, formaban parte de un medio, aún no conquistado sino mínimamente por el hombre de Chile y el paisaje tenía, como es lógico, una significación preponderante.

Por eso todo le produce una "embriaguez sensorial". Y tal reacción es determinante en su formación.

Ya cuando vuelve a casa del abuelo francés en Constitución, el ambiente en que el viejo vive, le parece extraño y él es un extraño a ese medio. Allí recibe una excelente proposición para ir a Francia y hacerse de una buena situación económica, que rechaza porque ha comprendido instantáneamente que él se debe a otras cosas.

En Talca termina sus humanidades. Conoce a don Enrique Molina, a don Fidel Pinochet Lebrun y a Alejandro Venegas, sus maestros. Allí comienza también a leer

a Zola y a un escritor que va a tener una influencia definitiva en su temperamento: don José María de Pereda, santanderino, vasco como él, que lee hasta su muerte en esas antiguas ediciones españolas que parecen encontrarse sólo en casa de los curas.

Sus lecturas ya le permiten ir distinguiendo perfiles y valores, definiciones y diferencias, congruencias y distinguos. Sus lecturas y observaciones plantean, entonces, definitivamente, su problemática que es virtualmente la que cubre todo el campo de la novela chilena y americana del medio siglo. Hay que recordar que Latorre publica sus *Cuentos del Maule* en 1912 casi tres lustros antes de la aparición de la *Vorágine* de Rivera y *Don Segundo Sombra* de Güiraldes. Por eso Hernández Catá solía llamarlo "precursor joven". Catá que le profesaba una sonriente y cordial amistad. "Novela, había dicho Zola, poema, drama, cuadro o escultura no es sino un rincón de la naturaleza, visto al través de un temperamento". Y sigue él:

—La naturaleza había que observarla para conocerla o buscarla dentro de la reserva de nuestra sensación, vivirla finalmente.

Primera premisa. Luego:

—Quedaba, además, la creación de la técnica para darla a conocer. Teníamos, sin duda, la experiencia europea, la de España y la de Francia —habla un vasco y bordelés— pero había que pintar un paisaje sin antecedentes literarios y unos tipos de urbe y de campo, muy distintos a los de Blest Gana y de Orrego Luco, aunque fuesen los mismos.

¿Por qué?

—Blest Gana había intuído la novedad de los héroes anónimos, los que quedan afuera del oficialismo de la historia. Y expresa: "Lo que interesa es la visión auténtica de la época y de los paisajes que, justamente, no son históricos". Blest Gana había dado un gran paso. Pero Latorre quería ir más adelante, tirar la sonda más hacia el fondo. Blest Gana había compuesto sus novelas en París, lejos de la patria. Su memoria maravillosa, su intuición de novelista, saturado por la garra balzaciana, lo llevó a un éxito seguro en la empresa. Pero contar, narrar era sólo parte del problema. Y agrega Latorre:

—¿Cómo debía contarse un asunto chileno del campo y de la ciudad? ¿Era necesario crear una manera de raíz castellana,

la literaria, y contarla con raíces del castellano en América? . . . Los costumbristas de América, dieron un paso seguro en la interpretación del mundo y del hombre al emplear el lenguaje popular, preparando el terreno al relato naturalista. Y así el cuadro, sin intención, se hizo narración intencionada . . . Por la variedad y abundancia de los temas, por la multiplicidad de los paisajes y de los hombres, la técnica tenía que ser lógicamente imperfecta . . .

Pero:

—Los críticos, en general, se dieron cuenta de la deficiencia de esta técnica sin agregar mayores detalles —añade Latorre. La novela europea contemporánea no podía tener un problema de este tipo. Siglos de novelas mal hechas les habían enseñado a escribir buenas novelas.

Y aquí al enfocar este planteamiento es cuando se avizora toda la revolución, toda la construcción que la obra de Latorre supone, encierra y proyecta. Aparentemente hispida, a veces poco atrayente, demasiado en las cosas del ambiente y de los tipos, la obra de Latorre es, sin embargo, eminentemente creadora. Al plantearse todos estos problemas derivados, primero de la observación y después de la concepción estética, en el trasplante de la realidad directa a la otra realidad de la obra, hay en Latorre talvez sólo un pequeño margen de gozo creador. Pero composición y estilo son superiores frente a la tarea sitiada desde tan cerca por un medio avasallante que se expresa como una maleza que amenaza a cubrirlo y a afearlo todo. Su obra resaltará más por la perspectiva de la distancia y el tiempo. Su tarea ha sido gigantesca en aquello que precisamente puede parecer inadecuación y no una exacta ecuación entre medio y obra, entre la verdad y la fantasía, entre ser un hombre chileno y un artista chileno. Porque de acuerdo con su planteamiento fué necesario hacer el camino más largo y difícil y construir el edificio entero. Y esta tarea la cumple un hombre que se había desgajado a la fuerza de un cómodo medio extranjero, como era el hogar de sus mayores, y que salía a un medio extranjerizante que imperaba en las costumbres de la ciudad, en los escritores y en los artistas que le ayudaron a su formación moral e intelectual.

No es posible desdeñar, entonces, estas características de su concepción del arte de

hacer novelas que lo llevan a ahondar hasta en problemas aparentemente subsidiarios, como es el filológico, al que tanta importancia confiere Latorre.

—Pienso como Lenz —decía—, que no podemos suplantar los vocablos americanos por términos peninsulares correspondientes. En nuestra creación filológica el substituirlos, sería colocar un casco de acero en la cabeza de un indio y un trarilonco en la frente de un conquistador. . . Y ahora conviene agregar algunas palabras sobre el lenguaje que deben emplear los héroes de las novelas chilenas, que es materia que se ha discutido mucho. . . Hemos visto ya la ninguna influencia de los cronistas de la conquista y de la colonia sobre los novelistas y los poetas, sobre los creadores en una palabra. Es clara la lección de los costumbristas, pero el naturalismo dinamiza esos cuadros, los hizo abandonar sus marcos y cobrar vida independientemente.

Esta urgencia vernaculista en la novela la intuyó Latorre en hora precursora y propicia. La marea se alzó de súbito en todo el continente. En 1924 estalla en Sao Paulo, Brasil, el movimiento conocido con el nombre de *Semana Literaria*, para desgajar del corazón del arte y de la literatura brasileña la rémora lusitana europeizante. Obedece a las mismas normas que enmarcaban los *Cuentos del Maule* y *Cuna de Cóndores*, años antes en Chile.

Chile vivía en la adoración de su pasado, mientras tanto, y en el florecimiento de los estudios históricos. Latorre pensaba que era necesario ir con premura a la estructuración viva de los estudios literarios. Y así expresa esta necesidad:

—La acumulación y la revisión de las fuentes históricas, coincide con la acumulación de las fuentes literarias.

¿Cómo llegar a realizar esta obra? Latorre explica:

—Las conversaciones, las escenas típicas, los artículos de costumbres, los reportajes, las cartas y todos los datos posibles sobre el clima; el color del verano y del invierno, o el ruido del viento y de los árboles o el silencio de la nieve y del agua de los lagos, todo eso, es material que no debe despreciarse. Al contrario, es preciso buscarlo e intepretarlo a toda costa, como decía Lenz.

No se trata solamente de hacer una literatura nacional nacionalista, sino componer, al mismo tiempo, un medio para que

prosperen los estudios literarios en su enraizamiento total con las cosas del país. Todo ello convergerá, entonces, a modificar o más bien dicho, a crear un *pathos*, en que pueda vivir e irradiar la obra del verdadero artista confinado en lo genial y germinante.

En buenas cuentas: realizar literatura, la novela —la epopeya privada—, como la califica Latorre.

—En los Estados Unidos, Bret Harte y Mark Twain —agrega— son los poetas de esta epopeya... Blest Gana entendió, en parte, este problema, pero se limitó, sobre todo, a la ciudad... El huaso no le mereció sino observaciones despectivas. Para él era un personaje no evolucionado, divertidísimo por sus costumbres, vestimenta y modos de expresarse.

Y el huaso, el roto, son y serán, por mucho tiempo, la primera base heroica de nuestra novela en su etapa real y primaria en que vacila aún su destino.

Frente a su tumba, en el día de sus funerales, Pablo Neruda pronunció unas her-

mosas palabras. Recuerdo especialmente las que siguen:

—Los clásicos los produce la tierra, o, más bien, la alianza entre sus libros y la tierra, y tal vez hemos vivido junto a nuestro primer clásico, Mariano Latorre, sin estimar en lo que tendrá de permanente su fidelidad al mandato de la tierra. Los hombres olvidados, las herramientas y los pájaros, el lenguaje y las fatigas, los animales y las fiestas, seguirán viviendo en la frescura de sus libros.

Si; es cierto que hemos vivido con él, lo hemos tenido a nuestro lado. Era un clásico, porque quiso realizar y creó un modo de hacer arte con la tierra que fué suya. La pintó y la hermoseó con los colores fulgurantes de sus palabras que eran cosas, hombres y animales extraídos de las vísceras telúricas de la tierra, de sus aguas y de su aire cristalino o huracanado. Y legó a su escuela y a las generaciones una manera de razonar y plantear un arte y una lengua que recoge la raíz, el metal y el aire de todo lo que vió y amó, tarea que bien vale todo el desvelo y el empeño que puso en ella, tozudamente, valientemente.